

extraños é indiferentes, sino á sus propios amigos. Por lo que toca á este género nada ofrece una prueba tan palpable de los extravíos de su imaginacion, como su carta fecha 26 de febrero de 1770, dirigida al señor de Saint-Germain. Bosqueja en ella el retrato del duque de Choiseul *el cual*, segun él cree, *no emprendió la conquista de Córcega con otro objeto que el de jugarle alguna mala pasada*. Maltrata á la par en ella á todos sus antiguos amigos, Diderot, d'Alembert, Grimm, Tronchin, la sociedad del baron de Holbach, Hume, madama de Luxemburgo, madama de Boufflers, su mas ardiente protectora, la cual le habia facilitado la benevolencia del príncipe de Conti, etc. etc. Abunda la exageracion en dicha carta, á par de la cual demuestran otras muchas los terrores y quimeras que agitaban al autor. Él mismo refiere en sus *Confesiones* gran parte de sus actos extraordinarios. Esa piedra arrojada contra un arbol, que le tranquilizó sobre su salud, porque habia tocado el arbol; esa especie de delirio que le sobrecogió al leer el premio propuesto por la Academia de Dijon; esas negras sospechas que concibiera durante la impresion del *Emilio*, las cuales lo sacaron de su quicio; esos terrores, en fin, que se apoderaron de él en otras diferentes ocasiones, han dado margen á pensar con fundamento que se hallaba atacado de una enfermedad terrible y que su cabeza se sentia sujeta á extrañas variaciones, las cuales segun todas las apariencias, ofrecian en verdad los

caracteres de accesos de locura. Uno de sus amigos Corancez de Ginebra, fijado en París, y muerto no hace muchos años, dió algunos pormenores acerca de este particular, publicándolos primeramente en 1798 en el *Diario de París*¹ y luego en una impresion á parte esponiendo en ella todo lo que le constaba con respecto á la vida y muerte de Rousseau, su testimonio es de tanto mas peso cuanto habia tenido frecuentísimas relaciones con su compatriota durante los últimos años de su vida, y profesa á la memoria de Rousseau un respeto y adhesion inviolables. Pues este mismo amigo asegura que Rousseau tenia accesos de locuras. Hé aquí lo que dice Corancez: *El me ha realizado la existencia posible de don Quijote, con el cual le encuentro una grande conformidad. Hállase en cada uno de los dos una cuerda sensible, la cual, entrando en vibracion, estravia al uno en ideas de caballeria errante, de por junto con todas las extravagancias que arrastra en pos de sí; mientras que en el otro le hace resonar enemigos, conspiraciones, coalicion general, vasto plan para perderle. Constantemente iban progresando los síntomas de su enfermedad, añade Corancez, hasta el punto de no haber nada sobre que no alimentase sospechas*. Y efectivamente refiere algunos casos que son de un loco declarado. No compraba sino á un precio moderadísimo los guisantes porque veia en ellos el efecto de la profun-

¹ *Diario de París*, año VI, números 251, 256, 258, 259, 260 y 261.

didad de las asechanzas de sus perseguidores. Hablaronle cierto dia de los aplausos que habia merecido su *Adivino Lugareño*, y se encolerizó. *¿No se cansarán nunca* exclamó, *de perseguirme? Vese de consiguiente*, continua *Corancez*, *que no solamente se multiplicaban sus sospechas, sino que los razonamientos ó motivos sobre los cuales las apoyaban tomando en realidad un caracter de locura, que voy á probar. Tiempo hacia que habia yo echado de ver una mudanza sorprendente en su físico: veiale frecuentemente en un estado de convulsion, que desfiguraba su semblante y que volvia con especialidad espantosa la espresion de sus facciones. En semejantes casos sus miradas parecian abarcar la inmensidad del espacio, y sus ojos parecia que lo estaban viendo todo, siendo así que en la realidad no columbraban nada. Sentábase y se volvia hácia el respaldo de su asiento pasando luego el brazo por encima del respaldo, y luego de suspendido este brazo lo agitaba á guisa de péndola con un movimiento acelerado, circunstancia que observe ya cuatro años antes de su muerte; de suerte que he tenido todo este tiempo para convencerme de ella. Cuando á mi llegada yo le veia tomar esta postura se me hacia pedazos el corazon, y ya me preparaba á ser testigo de las mayores extravagancias, y nunca me engañaba en mis temores. En una de estas tristes situaciones me habló de la muerte de Luis XV, anécdota que acaba de publicar *Dussaulx* en su *Correspondencia*. Viendo que estaba suspirando profundamente y que*

se presentaba como devorado de las mayores pesadumbres, no pude menos que participarle mi estraneza. Paréceme, le dije, *que segun vuestros principios bien conocidos de moral, la muerte de Luis XV, bajo todos los aspectos, ora como padre de familia, ora como rey, no deberia interesaros hasta este punto. Sus costumbres y su culpable indolencia no han hecho sino mal. Es que vos no echais de ver, me respondió, las consecuencias de esta muerte, con respecto á mí. Acaso es un bien para todos la muerte de este príncipe; mas atended á que era el blanco del odio general: sin merecerlo como él, yo sufro la misma suerte, antes el odio universal se repartia entre los dos; ahora, que he quedado solo, todo el peso de este encono va á gravitar sobre mí. A este inconcebible rasgo de falta de razon añade todavía otro *Corancez*. Cierta dia en que llegaba á casa de *Rousseau*, tomó este su actitud acostumbrada y le dijo con toda seriedad que el *Taso* habia vaticinado sus desdichas, y que en su poema hay una estrofa que hace relacion á esto, siendo en realidad una profecía. Y como viviese por mucho tiempo en este estado, dice el autor, puede creerse que realmente se volvió loco... Ello es cierto que ya presentara en su nacimiento el germen de esta espantosa dolencia, la cual, como todas las demas, tuvo sus periodos, su principio, su medio y su fin. Tambien cita aquí el autor un rasgo de locura de un primo de *Rousseau*, quien llevaba el mismo nombre, asemejándose á él por otra parte estremadamente; puesto que los dos*

creian, á la par, en la existencia de enemigos que trataban de perderlos, y ambos no veian en los demas hombres sino cómplices ó agentes de complots. *No cabe la menor duda, añade Corancez, que circulaba en la sangre de entrambos el principio de la misma enfermedad. Ya habia sufrido Juan-Jacobo en Inglaterra, muy antes de conocerle yo, un ataque de este género y con la misma violencia. Cóntase este accidente de sus propios labios, el cual es, por otra parte, tanto mas precioso, en cuanto es la única vez que le haya visto concebir alguna sospecha de su achaque, y caracterizarle él mismo de locura. Refiriónos que su salida de Inglaterra habia sido mas bien una fuga que una marcha, habiendo dado en la mania de que el duque de Choiseul le hacia perseguir. Fué su temor tan sobremediana grande que huyó sin dinero alguno y sin querer sobrecargarse de equipage, como no fuese de primera necesidad. Abrasó en esta ocasion una nueva edicion del Emilio; y en las posadas, á donde iba á parar, pagaba el gasto con pedacitos de una cuchara ó tenedor de plata que él mismo rompía ó hacia romper en la posada. Llega al puerto y el viento era contrario; mas en esta circunstancia tan comun Rousseau no supo ver mas que un complot y órdenes superiores para prolongar su partida. Él no hablaba el idioma del pais y sin embargo colocóse en un parage elevado y echó una arenga al pueblo que no comprendió ni una tilde de todo su discurso. Que no pierdan de vista mis lectores que todos estos detalles*

*los obtuve del mismo Rousseau, el cual añadió despues de haberlos referido, que no ponía la menor duda en que habia sido un ataque de locura. Tristes y humillantes son semejantes pormenores. Hé aquí pues que vino á parar en un demente ese talento tan sublime, ese escritor tan elocuente, ese legislador tan profundo, ese hombre que exaltaba tan altamente las prerogativas de la razon. La Providencia dispuso que el mismo, que se estaba ensoberbeciendo por sus conocimientos y que queria sojuzgar la fe bajo los límites de la inteligencia, perdiese en los accesos de su hipocondría, esa facultad, cuyos derechos habia exagerado. Así que, nada tiene de estraño que entregado constantemente á los pensamientos mas sombríos, y agitado de terrores, haya terminado de una manera realmente trágica una existencia consumida entre congojas. No era la primera vez que habia proyectado atentar contra sus dias, para dar fin á sus tormentos. De muchas cartas escritas por los años de 1763, se deduce que ya estaba en esta época deseando recurrir á este medio violento, condenado y justificado alternativamente en sus escritos. Con fecha 1º de agosto de dicho año escribió á Duclos. *Mi situacion fisica ha empeorado de tal manera que mis dolores, sin tregua y sin alivio me ponen absolutamente en el caso escepcional indicado por milord Eduardo en su carta á Saint-Preux. ¿Usque adeone mori miserum est? Ignoro todavía qué partido tomar. Si adopto uno será lo mas tarde posible y lo**

*verificaré sin impaciencia y sin desesperacion, sin escrúpulo y sin miedo. Si me asustan mis faltas, mi corazon me tranquiliza : iriame con desconfianza si conociése un hombre mejor que yo... Adios, mi querido filósofo , sea lo que se fuere, esta es probablemente la última vez que os escriba... Cuando sepais que ya está decidida mi suerte...¹. Lo mismo dice, con poca diferencia, en otra carta de igual fecha dirigida al ministro Moulton : *Hállome en el caso excepcional en el cual ninguno se vió jamas*. Con análogos términos se espresa para con Martinet : *adios, señor, me voy hacia la patria de las almas justas*². De consiguiente, resulta bastante claro de todo lo que precede que en esta época estaba proyectando desembarazarse del peso de la vida. Con todo no lo verificó á la sazón , aunque no cabe la menor duda de que lo verificó mas tarde. El mismo Corancez lo dá como cierto , en virtud de una reunion de circunstancias y reflexiones que juzga como demostrativas. Instado por Girardin se fué á Ermenonville, y parece que, consecuente á su caracter y á sus sospechas, se fastidió bien pronto de esta mansion. Quiso irse de ella; pero contrariado por su esposa y solicitado por Girardin, le dió en que habia en este concierto general un complot, y aumentando su imaginacion los motivos de descon-*

¹ *Obras completas de J. J. Rousseau*, edicion de Mercier y Brizard, Paris, 1788, t. XXXIV.

² Estas dos cartas se hallan en el mismo volumen , despues de la precedente.

tento, tomó en los escesos de su espanto el único partido que él juzgaba á propósito para sustraerse al alcance de sus contrarios. Poco antes de morir habia escrito algunas cartas, las cuales manifiestan cuan agitado se hallaba en aquel momento. Es muy cierto que el tal Girardin no conviene en que fuese voluntaria la muerte de Rousseau; con todo confiesa que tenia una herida en la frente. Refiérese que madama Girardin se presentó á la puerta de Rousseau y que este le dijo. *¿ Qué venis á hacer aquí? ¿ puede soportar vuestra sensibilidad semejante escena ni la catástrofe que debe terminarla? Todo me induce á creer*, dice Corancez, *que se deshizo Rousseau con su propia mano de una existencia ya insoportable para él*. Tambien cree que se suicidó Rousseau el conde de Barruel-Beauvert , como se deduce de la *Vida de Juan Jacobo*, que dió á luz en 1789. Lo mismo opina madama de Staël en sus *Cartas sobre las obras y caracter de Juan Jacobo*, publicadas en el mismo año; Marmontel en sus *Memorias* y Grimm en su *Correspondencia*, teniendo el testimonio de todos estos autores tanto mas peso en cuanto nadie puede acusarles de parcialidad contra Rousseau. Ahora bien ¿ qué diremos, despues de estos , sobre los entusiastas que nos han pintado con una afectacion tan ridícula la tranquilidad de los últimos instantes de Rousseau, la calma de su espíritu y las hermosas palabras con que se ha despedido del universo? A duras penas puede concebirse como haya logrado